

La Nueva España - Cultura

Gatopardismo: de la filosofía fatalista al recurso del nuevo político

Viene de la página anterior

Pero Lampedusa se mostraba, a la vez, deslumbrado por algunos de sus personajes y conmovido por la belleza del paisaje y la luz, exaltadas en la novela. Las descripciones son un regalo para los sentidos, como la del timbal de macarrones de la cena de Donnafugata o esta otra del vergel de la mansión de los Salina, donde como escribe el autor en cada terrón se palpaba un anhelo de belleza pronto vencido por la desidia. “Pero el jardín, comprimido y macerado entre sus límites, despedía fragancias untuosas, carnales y levemente pútridas como los líquidos aromáticos que destilan las reliquias de ciertas santas, el penetrante olor de los claveles superaba el perfume canónico de las rosas y al oleoso aroma de las magnolias, más densos en los rincones; y también se notaba la escondida fragancia de la menta mezclada con el aroma infantil de la mimosa y el olor a confitería del arrayán, y desde el otro lado del muro los naranjos y limoneros derramaban el olor a alcoba de los primeros azahares. Era un jardín para ciegos: allí la vista no encontraba más que ofensas; el olfato, en cambio, una manantial de placeres, si no delicados al menos muy intensos”. Una forma de explicar Sicilia.

En su novela, el autor enhebró todo un concepto político, el gatopardismo, según el cual en determinados momentos históricos es necesario simular un cambio con el fin de preservar el núcleo del sistema inalterado. No hay pensamiento más angustioso en su espléndida lucidez y que supere en vigencia al algo ha de cambiar para que todo siga igual. Se repite una y otra vez, en cada uno de los contextos sociales y económicos, época va y época viene. En cambio, Feltrinelli no tiene inconveniente en saltar sobre la leyenda. En el posfacio de esta nueva edición explica que la famosa frase, “si queremos que todo siga igual, es necesario que todo cambie”, no forma parte cómo se ha insistido de una filosofía fatalista sino de una expresión política de un hombre de los nuevos tiempos que quiere legitimar su opción revolucionaria ante los ojos de los hombres de los viejos tiempos de su misma clase social.

Lampedusa duerme el sueño eterno en el cementerio de los Capuchinos de Palermo, a pocos pasos de la cripta que esconde un macabro memorial de los muertos igual de excéntrico que la Sicilia que deploraba, bajo una losa corriente sin mayores lujos, en la que fueron sepultados sus restos y que comparte con la psicoanalista letona **Alessandra-Wolff-Stommersee**, *Licy*, la mujer de su vida, dotada de una cultura y una personalidad formidables.